

REFLEXIONES ACERCA DE LOS MOVIMIENTOS DE POBLACION*

P O R

ANTONIO HIGUERAS ARNAL

El año 1974 fue declarado año mundial de la población, y en todas partes se hablaba de los problemas que plantea el crecimiento demográfico.

Este crecimiento demográfico reviste dos modalidades. A escala mundial, el crecimiento de la población es siempre por crecimiento vegetativo. A escala regional, además del crecimiento vegetativo, cuentan también los desplazamientos de población, tanto positivos como negativos. A lo largo de esta exposición vamos a hacer algunas reflexiones acerca de los desplazamientos de población y a las consecuencias que de ellos se derivan las mutaciones del *espacio social*.

El mundo actual vive inmerso en una situación acelerada de cambio. Hay una mutación constante de sistemas, de categorías de valores, de estructuras, y de mentalidades. El hecho no es nuevo, evidentemente, porque cambios en el comportamiento, en las actitudes, y en las respuestas individuales o colectivas de las gentes ante situaciones concretas, los ha habido siempre. El problema no reside tanto en el cambio en sí, cuanto en la celeridad con que el mismo se produce, y en el solapamiento de soluciones diferentes para problemas idénticos, que se muestran sin embargo distintos no por su naturaleza, sino por el punto de vista desde el que se contemplan.

Toda situación de cambio implica, de alguna manera, una movilización de los soportes culturales sobre los que se asienta el sistema de valores al que un individuo, o una colectividad, prestan su adhesión. La adhesión a un sistema de valores, cualesquiera que éstos sean, supone voluntariedad en la actitud y aquiescencia y aceptación de sus contenidos sociales, económicos, políticos, éticos, etc. Dicha adhesión se traduce en una identidad personal y colectiva con los objetivos que tal sistema de valores persigue y con los medios de que dispone para conseguirlos. Todo ello crea una armonía entre valores aceptados, actitudes, objetivos, etc. que se traducen en un orden, en virtud del cual cada cosa ocupa el lugar que le corresponde en el contexto socioeconómico en el que se encuentra. Todos los entes, individuales o colectivos, personales o materiales afectados por un sistema de valores establecen entre sí una serie de

* Este texto corresponde a una conferencia pronunciada por el autor en Logroño, en 1977, en la Escuela de Asistentes Sociales de la Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja.

lazos, de nexos, y de relaciones mutuas, o interrelaciones, para constituir un régimen de funcionamiento; régimen de funcionamiento que afecta a las personas, a las estructuras jurídicas, sociales, políticas, económicas, comerciales, mentales, etc.

Todo cambio social implica por lo tanto: a) una modificación del sistema vigente de valores; b) una modificación del orden institucional, en virtud del cual las cosas ocupan el lugar que les corresponde; c) una modificación del régimen de funcionamiento de la sociedad considerada. Estas modificaciones no tienen que ser necesariamente simultáneas, ni manifestarse en el orden en que se han enunciado, ni siquiera aparecer en toda su integridad cada vez que se produce un cambio social. Es suficiente con que aparezca un fenómeno que implique cualquiera de aquellas modificaciones, para que se manifiesten signos de cambio social.

Una vez sentadas las bases del cambio social, conviene analizar las causas que lo provoca. El mismo concepto de cambio social implica también el concepto de movilidad. Nada puede cambiar si no hay un movimiento que permita salir a las cosas, a las personas, a los grupos, del "status", es decir, de la inmovilidad en que se encuentran en un momento determinado. Si esa movilidad afecta al grupo socialmente organizado, tendremos, como consecuencia de ello, un cambio social. Cambio social que no presupone mejorar o empeorar las condiciones de vida, sino simplemente modificar los contextos estructurales del "status" de partida.

En estos momentos no se concibe una organización social, ni la existencia de grupos socialmente organizados, que no estén afectados por corrientes de cambio las cuales en ocasiones se manifiestan con una dinamicidad turbulenta. Nada permanece igual en el mundo, todo cambia y los grupos humanos no podían ser ajenos a esta regla. Hay una movilidad biológica que produce no cambios evidentes entre la niñez y la vejez; esa misma movilidad biológica produce también cambios de actitud, de enfoque, de intereses, de aptitudes, etc., según las épocas de la vida. Pero ahora, no es éste el cambio que nos interesa, porque escapa casi por entero a la voluntad de la persona, y únicamente a través de una educación adecuada es posible condicionar los efectos del cambio, ya que no el cambio en sí.

La movilidad que nos interesa analizar es la movilidad social, que produce el cambio social, así como los instrumentos y cauces de que aquélla se vale para la consecución de sus propósitos.

En una sociedad normalmente constituida, cada miembro de la misma ocupa un lugar determinado, bien en una estructura vertical o en una estructura horizontal. En ambos casos la estructura social puede ser permeable o no. El cambio social solamente es posible cuando existe un mínimo de permeabilidad o de capilaridad social, pues en otro caso se crean estructuras de tipo celular sin apenas relaciones de unos con otros. Estructuras sociales cerradas no se encuentran ya más que en países de Oriente, o entre grupos que solamente disponen de una organización técnica y socioeconómica rudimentaria.

En la mayoría de los países de nuestra área cultural las estructuras sociales son abiertas y se organizan verticalmente; es decir, hay una estratificación

social que va desde los niveles ínfimos a los más altos, sin que se pueda simplificar demasiado la clasificación de la estructura social, como a veces se hace, so riesgo de caer en errores de bulto.

Tenemos pues que en nuestro país, como perteneciente a una determinada área cultural, puede admitirse la existencia de una estructura social organizada verticalmente, y además, permeable. En una sociedad como esta, la movilidad social se produce, lógicamente, en sentido vertical, y el cambio social sobreviene como consecuencia del cambio de estrato; es decir, como resultado de la instalación de la persona en un estrato diferente al de partida, bien entendido que el cambio no significa siempre mejora, sino muda de posición.

La posición que uno ocupa en la estructura social no es resultado de una valoración objetiva de hechos o de situaciones personales, sino que es el resultado de la "consideración" social de que esa persona goza en el grupo. En efecto, el lugar que uno ocupa en la escala social no es en modo alguno el que le "corresponde", porque todos somos esencialmente iguales en nuestra condición humana, sino el lugar en el que otros lo colocan, de acuerdo con el sistema de valores aceptado, o vigente; es una cuestión de "consideración" o de "estima" social.

Ahora bien, ¿cómo adquiere esa consideración social? Evidentemente a través de un cambio. Esto no quiere decir que las personas que ocupan los estratos inferiores carezcan de cualquier clase de consideración y de estima social, significa simplemente que su participación en las tareas colectivas no se considera tan imprescindible o tan fundamental como la de las personas adscritas a los estratos superiores.

Es decir, "la consideración" social no viene dada por criterios de valoración personal, sino por criterios de eficacia y de participación en el sistema social dado. Por eso, cuando no se tiene esa posición social que asegura la consideración y la estima de la colectividad, las personas aspiran a conseguirla mediante una integración más eficaz en el citado sistema, lo cual presupone la decisión personal de adoptar un cambio y de adquirir los hábitos y aptitudes instrumentales que lo posibiliten. Esa decisión personal de cambio presupone una actitud abierta y fuertemente receptiva hacia todo lo que signifique movilidad social, la cual va casi siempre acompañada de una movilidad profesional y ocupacional, de una movilidad cultural, de una movilidad locacional, de una movilidad participativa, etc. En realidad, el cambio social que se obtiene con la movilidad social no es otra cosa que el resultado de la adquisición de medios instrumentales capaces de modificar el "status" que la persona tenía con anterioridad a su disfrute.

La movilidad social y el cambio social se pueden producir en un sentido o en otro; de manera ascendente o regresiva. Pero cuando se habla de cambio social se entiende como el resultado de una movilidad social "orientada intencionalmente en un sentido ascensional; es decir, hacia una posición *más alta...*". "Estos *más alta, mejor*, aparecen como formas convencionales y genéricas de señalar la preferencia por mayores niveles de ingresos, mayores oportunidades de consumo, mejores expectativas de *promoción ulterior*, y en

términos un tanto ambiguos, *mayor bienestar*". (Víctor Pérez Díaz: "Emigración y cambio social". Edit. Ariel, Madrid, 1971, pág. 15).

De alguna manera, el cambio social se entiende siempre como una forma de promoción, sea en el campo de lo profesional, sea en el de lo cultural o de lo económico. Pero la promoción profesional, cultural o económica no son más que instrumentos que hacen posible esta otra promoción, más amplia, que es la promoción social. La adquisición de esos medios instrumentales es la gran preocupación de nuestros días, en que a nadie se le niega el derecho a ocupar los puestos más relevantes de la estructura social, si bien la igualdad de oportunidades no es idéntica en todos los casos.

Cambio social, accesibilidad a los medios de promoción, e igualdad de oportunidades son los vértices sobre los que se apoya buena parte de la problemática actual de la población. En contra de lo que tantas veces se repite, yo entiendo que el problema de la población no es un problema de número, sino un problema de integración y de participación. Precisamente porque las gentes aspiran a esa participación e integración es por lo que se producen los cambios de población.

Los cambios de población hay que verlos como un aspecto de la movilidad social, que se manifiesta, entre otras maneras, en la movilidad geográfica, que es uno de los caracteres que con mayor efectividad inciden en nuestros actuales modos de vida. En todas las épocas han existido emigrantes, pero los desplazamientos de población no han revestido nunca la importancia que hoy tienen. ¿Por qué estos desplazamientos masivos, que en nuestro país han alcanzado cifras apabullantes entre 1955 y 1975? El problema es muy complejo no puede trivializarse haciendo recaer toda la causalidad del hecho en consideraciones exclusivamente económicas, como son los niveles de renta o las condiciones materiales de vida. En el fenómeno de la emigración late una decisión personal de cambio, tal como se ha expuesto antes, en cuya realización hay que valorar las aspiraciones personales a desempeñar un papel aceptado y estimado por la sociedad. Salvo contadísimas excepciones, la población emigrante es población marginada; es un subproducto del "status" social, que ha sido incapaz de integrar en el sistema socioeconómico a las gentes que por su falta de preparación o por su preparación inadecuada carecían de la eficacia que se exigía en un momento determinado.

La emigración, por lo que estamos viendo, se realiza siempre, al menos de una manera masiva, desde las áreas rurales a las urbanas. La experiencia dice que los núcleos urbanos constituyen en todas partes focos de atracción demográfica. Si hemos de ser consecuentes con la argumentación expuesta hasta aquí, habremos de convenir en que la emigración desde el campo a la ciudad obedece al hecho de que en ésta se ofrecen medios de promoción social que no tiene el campo. No se trata de que la vida en la ciudad sea mejor o peor que la vida en el campo. Se trata ni más ni menos de que son modos de vida diferentes, y el sistema de valores al cual obedece nuestra actual estructura socioeconómica, tanto desde el punto de vista orgánico, como desde el estructural, desprecia los modos de vida rurales y sobrestima los urbanos. Y aunque ya se está de vuelta en muchas cosas referentes a la calidad de vida ciudadana, to-

davía la ciudad es para muchos una meta de anhelos y de acceso a los instrumentos del cambio social.

Según esto, en los núcleos rurales la promoción social es prácticamente nula, puesto que es el deseo de mejorar lo que impulsa a la emigración. O dicho de otra manera, en los medios rurales resulta muy difícil el cambio social, lo cual indica una falta de movilidad social, que lo mismo puede darse por estancamiento y falta de permeabilidad social, como por la persistencia de estructuras anacrónicas inadecuadas a la hora presente.

Entre el núcleo rural y la ciudad se dan diferencias muy profundas que no cabe achacar a una simple diferencia de número. El pueblo y la ciudad se erigen hoy como dos mundos distintos y en muchos aspectos antagónicos. Un pueblo, entendiendo por pueblo la pequeña comunidad rural, es antes que nada un núcleo de convivencia; el pueblo carece de cualesquiera otras funciones específicas; apenas se relaciona con otros núcleos próximos o lejanos. En el plano histórico, cada pueblo ha tendido hacia la autosuficiencia. En cambio la ciudad, al menos tal como se ve hoy, es un núcleo residencial y de gestión, pero en modo alguno de convivencia. En la ciudad se vive, se trabaja, se ocupa totalmente el ocio, pero no se convive. Y se da la paradoja de que allí donde no se convive, y donde se da un individualismo más feroz, es donde se concentran los medios de promoción económica, profesional y cultural.

El que un núcleo de población tenga la calificación de rural o urbana, no es solamente una cuestión estadística, sino que depende también de la estimación generalizada que se haga de las funciones que desempeña. Las diferencias cualitativas que se aprecian entre lo rural y lo urbano se refieren sobre todo, al tipo de actividad que desarrollan los hombres del campo y los de la ciudad. Los primeros no practican más que actividades primarias —preferentemente agrícolas— asociadas en ocasiones con un artesanado rural que está muy lejos de las modernas concepciones industriales. Las gentes de la ciudad, por el contrario, se dedican preferentemente a actividades de los sectores secundario o terciario.

Esta tipificación de las actividades profesionales es de trascendental importancia, porque aquí radica precisamente una de las motivaciones del cambio social que actúa apoyándose en el cambio ocupacional. Antes, el ritmo de los cambios socioculturales y profesionales era muy lento; pero ahora las innovaciones llegan casi instantáneamente a cualquier lugar y se tiene conciencia de las modificaciones que constantemente experimentan los modos de vida y la calidad de vida sobre la que se dan opciones en cada momento. Surge así una cierta insatisfacción que pone en marcha los mecanismos que mueven la voluntad del emigrante.

En el mundo actual los conocimientos se quedan muy pronto anticuados, y hace falta una continua renovación de los mismos. El sociólogo norteamericano Bell vislumbra un profundo cambio social caracterizado por los siguientes hechos: vamos hacia una economía de servicios en lugar de una economía de producción como la que hemos disfrutado hasta ahora; los conocimientos, el saber, van a tener cada día una cotización más alta; el empirismo, la experiencia, pasarán a ser valores secundarios; la imaginación creadora estará

por encima de cualquier valor tradicional muy especialmente por el sentido de la anticipación.

Si ésto es así, no cabe duda que los núcleos rurales, o cambian su naturaleza, lo cual supondría modificar toda la estructura socioeconómica, o deben desaparecer en plazo más o menos largo. Los servicios nacen como consecuencia de las interrelaciones lógicas y naturales, que se dan entre los diferentes sectores productivos cuando las funciones que desempeña un núcleo son múltiples, heterogéneas y complejas, cosa que no sucede más que en las ciudades. Otro tanto se puede decir de la adquisición de conocimientos, o del sentido de anticipación.

Las personas que tienen posibilidad de acceder a estas nuevas capacitaciones profesionales puedan alcanzar mejor "status" social que aquellas que permanecen ancladas en los valores tradicionales, y ello no porque lo uno sea mejor que lo otro, pues no se trata de juicios de valor, sino porque estamos asistiendo a la formación de un nuevo sistema de valores.

Sólo así se explica la emigración. "El desplazamiento de ocupación y de residencia implica, a su vez, un cambio de posición en el sistema de relaciones sociales, y consiguientemente en la estructura social global y el sistema de estratificación social"; es decir, el desplazamiento que configura la emigración apareja un fenómeno de movilidad social (Víctor Pérez Díaz, op. cit.). Y de hecho, la emigración es casi siempre la única posibilidad de cambio social ante el inmovilismo que se padece en las zonas rurales.

En otra ocasión pude escribir que "la emigración hacia los núcleos urbanos no es solamente consecuencia de la pobreza de los pueblos, sino también de su arcaica organización social, que impide o dificulta la promoción de las poblaciones rurales". La agricultura es una actividad que nace con el Neolítico. Durante miles de años no ha habido cambios substanciales en el modo de practicar la agricultura; y por lo tanto, tampoco se han producido modificaciones de importancia en las estructuras sociales correlativas a unas técnicas ancestrales. Los únicos cambios que se han producido en las zonas rurales son los derivados del cambio en el régimen de tenencia y explotación de la tierra, que no han afectado casi nunca a la misma estructura de la organización socioeconómica. En la historia de España es corriente ver cómo las tierras de cultivo se afectan a una u otra forma de propiedad, pero en el fondo el "status" social permanece prácticamente inalterable.

El fenómeno emigratorio comenzó a manifestarse en Europa a mediados del siglo XVIII; justamente cuando todos los modos de vida y formas de existencia, todas las técnicas empleadas y todas las modalidades de organización socioeconómica, no tenían más que una finalidad: subsistir. Con la revolución industrial, la preocupación por la subsistencia va cediendo ante la preocupación por las condiciones mismas en que se desarrolla la vida, y cuando pase el tiempo y se llegue a la formación de un proletariado industrial, las reivindicaciones sociales no se centrarán en la consecución de garantías de subsistencia, sino de mejora de las condiciones de vida; de eso que ahora se llama *calidad de vida*, y que en su manifestación más ostensible se presenta como *nivel de vida*.

La noción de nivel de vida es difícil de precisar, por lo que tiene de subjetivo; pero el mismo término de *nivel* alude a algo que es relativo, a algo que se compara con otra cosa. De alguna manera, la noción de nivel de vida guarda relación con la posición que se tiene en la escala social. Pero como sabemos —se ha dicho antes— que el lugar que uno ocupa en esa escala social es el que otros le atribuyen, resulta relativamente fácil hacer ostentación de nivel de vida a fin de ganar la posición ambicionada. Sobre todo, porque nuestra valoración del nivel de vida se hace a través de *indicadores* puramente materiales, que son los que hemos ido incorporando, consciente o inconscientemente, a nuestro sistema de valores, que se ha convertido así en un sistema materialista. Si además resulta que esos indicadores de nivel de vida son manipulados por una propaganda no sólo excesiva, sino en ocasiones rayando en los límites de la ética, nos encontramos con que la subjetivización de la noción de nivel de vida es total.

Lo que primeramente intuye el emigrante cuando se instala en un nuevo ámbito geográfico es que está en condiciones de acceder a otro “status” social que no percibe en su totalidad, sino como integrado por una serie de indicadores materiales, que a la larga muy pocas veces le satisfacen plenamente: “el cambio que supone la emigración rural es preciso describirlo también en términos de diferencias cualitativas: de opción por formas de vida distintas: distinto modo de trabajar, distinto modo de ocupar el tiempo libre, distinto modo de concebir y representar la realidad social y el mundo en general” (Víctor Pérez Díaz, op. cit., pág. 16).

Tendríamos que preguntarnos si la opción por formas de vida distintas es real o hipotética, no en el plano teórico de las posibilidades, sino en la realidad concreta de cada día. La opción existe, indudablemente; lo difícil es que esa opción, se ejerza de tal manera que produzca un cambio social de sentido ascensional. Mejor dicho, no se trata de dificultades absolutas, sino de dificultades que se derivan de la necesidad de adaptar unas formas concretas de pensar, unas estructuras mentales, a una nueva situación social. Esa adaptación a una situación nueva, cuando se produce, es el comienzo del cambio social; pero precisamente porque se trata de adoptar una actitud favorable al cambio, es necesario dejar transcurrir un cierto tiempo para que el fenómeno se produzca. Durante este tiempo el emigrante debe realizar un aprendizaje de las técnicas que se emplean en el lugar de llegada, a fin de poder integrarse en el nuevo contexto socioeconómico. Al emigrante que se instala en la ciudad procedente de áreas rurales, no le basta con el conocimiento intuitivo de las situaciones y de las cosas, se le exige un conocimiento profesional mediante el cual pueda integrarse en el sistema productivo y en la organización urbana. Y aquí es donde viene el problema, porque la adquisición de los nuevos “saberes” exige tiempo; un tiempo del que el emigrante no dispone en modo alguno, por la obligación de satisfacer, al precio que sea, las necesidades primarias y más acuciantes de la subsistencia.

Todo esto es un reto a los planificadores del futuro. Si hasta ahora el espacio físico era prácticamente la única realidad a tener en cuenta, de ahora en adelante habrá que considerar muy detenidamente el *espacio social*.